

QUINTO TRIMESTRE.

---

CAPILLADA 71.      SETIEMBRE 4 DE 1838

---

## FR. GERUNDIO.

---

*Si quis dixerit hic non esse  
omnia confusa atque revoluta,  
anathema sit.*

---

Si alguno dijere que aqui  
en Madrid no se confunde  
todo, y todo anda revuelto,  
le pego un mandoble que le  
rajo de medio á medio.

CONC. 2. GERUND.

---

### EL BOTÁNICO Y EL PRADO.

---

Acababamos de entrar en el primer mes con erre,  
era domingo, salia la canícula, la tarde era cal-  
mosa, el sol se las iba á liar á sus antiguas gua-  
ridas, y Fr. Gerundio habia estado todo el dia tris-

:



que  
tote y de mal talaute, tenia una murria que le  
partia el alma, en una palabra, estaba de un hu-  
mor perruno. Que Fr. Gerundio, señores, aun-  
que parece siempre está para chanzonetas, tiene  
ratos y aun dias que si como le dió por juicioso  
le hubiera dado por romántico, ya habian vds. de  
haber encontrado un dia orilla del canal un há-  
bito y una capilla, y al dia siguiente comian todos  
los ciegos y ciegas de Madrid á costa de las ga-  
nancias del papeli o nuevo que acaba de salir ahora  
en que se manifiesta la desgraciada muerte que se  
dió ayer tarde el Rmo. P. Fr. Gerundio Pero un  
demonio: que se ahogue y se estrangule quien quiera,  
que Fr. Gerundio tiene encargo particular de cier-  
ta persona, de conservase hasta dejar arreglados  
ciertos asuntillos. Y por último que creo que nada  
adelantábamos con eso para la pacificacion del pais.  
Verdad es que con su conservacion tampoco ade-  
lantamos gran cosa, pero adelanta él, y punto  
concluido.

Y no crean vds. que eran sucesos políticos  
los que causaban el esplin gerundiano; que si por  
sucesos políticos hubiera uno de entristecerse, ten-  
dria que andar siempre colgando un moco como  
una vela de á libra: sino sucesos de sociedad, que  
esta pícara sociedad, á semejanza de nuestros  
hombres de estado que para una que den en el  
clavo dan ciento en la herradura, ella para una  
satisfaccion que proporciona da cien sentimientos y  
doscientas rabietas. Ello es que aquella tarde, por



causas que no son de interés y de la inspeccion del público, yo salí de mi celda buscando soledad y aire fresco y puro. ¡Triste de mí! Se me habia olvidado que estaba en Madrid y en el verano, y que el ministerio seguia y que no habia caido una gota de agua. Buscaba aire puro y encontraba aire de *corrupcion*; buscaba ambiente y hallaba polvo: buscaba soledad, y tropezaba con hombres y mugeres que respiraban aquel aire y tragaban aquel polvo, y condensaban mas éste con sus pies, y corrompian mas aquél con su hálito.

El hombre que se siente afectado profundamente, se goza en la meditacion, y ama las sombras y la espesura; y yo me metí en el Botánico á engolfarme entre las acacias y los tilos, los tejos de Indias y los abetos. La primera idea que me asaltó recorriendo aquellas calles de árboles, fue reflexionar lo que yo era. Yo era Fr. Gerundio, y nadie en el mundo sabia que Fr. Gerundio estaba allí mas que yo. Pasaban feates por junto á mí, y ó no me miraban, ó me miraban con indiferencia; vean un hombre, y no sabian quien era este hombre; nadie me conocia: Fr. Gerundio allí no era nada. Yo conocia entonces la nada de mí mismo, y no se si me alegraba ó me entristecia. Después hacia otra reflexion opuesta diciéndome: Yo soy Fr. Gerundio, y este hombre/este ser desconocido aqui, este hombre nada, puede hacer que todos los hombres de su nacion y muchos de fuera de su nacion, y una posteridad indefinida sepa

que Fr. Gerundio estuvo aquí, y lo que pensó y reflexionó aquí. Y no sé si esta idea me alegraba ó entristecía. No sé si por eso me tenía por algo; creo que no.

Pasaba por debajo de los emparrados, veía aquellos voluminosos racimos casi tan abultados como los que llevaron los exploradores de la tierra de promision á Josué en señal de la feracidad del pais que iban á poseer, y admiré el poder del arte, porque el terreno de Madrid, lejos de semejarse á la tierra de promision, és un arenal de maldicion que solo la semi-omnipotencia de un rey puede hacerle producir uvas. Me acordé de cuando era muchacho y me escapaba á las viñas en cuanto iban pintando las uvas, y siempre andaba huyendo del perro del guarda que ya me olía desde una legua, y recordé con envidia la edad en que un racimo á medio madurar eran todos los empleos que se ambicionaban, todo el poder que se pretendia escalar; y el hurtar una vuelta al guarda, toda la intriga, todo el maquiabelismo que se empleaba. Salí del emparrado y reparé en las tarjetas de los árboles que manifiestan el nombre y la familia de cada uno, y con ese motivo me vinieron á la imaginacion los pasquines que dicen aparecieron pocos dias há en las calles de la corte. Me puse á meditar á sangre fria si serian obra de los exaltados ó de los moderados, y convine conmigo mismo en que entre unos y otros hay gentes capaces de hacerlo, y aun me ocurrió



que fácilmente alguna noche se encontrarán los pasquineros de uno y otro partido á pegarlos á un tiempo en un mismo sitio.

Tengo observado que las ideas políticas se enganchan como los anillos de una cadena; así es que me vino á las mientes la orden reciente y estrecha del Sr. Someruelos, para que nadie, sea quien sea, y por ningun pretesto viaje sin pasaporte *en regla*, en un tiempo en que son los facciosos los que piden los pasaportes, y me sonreí de la simplicidad. En Seguida me acordé del Suizo *zahorí* que fué de acuerdo y con orden del señor Mon á estraher un tesoro que decia estar enterrado en el lugar comun del hospital de San Roque de Santiago, y solté una carcajada. Dos hombres pasaban por junto á mí y les oí decir: «Será algun loco.» Decian que seria algun loco, y era Fr. Gerundio que se reía de la miseria de los gobernantes. En esto iba viniendo la noche, y el humor iba mejorando insensiblemente, porque no hay cosa mas apropósito para abuyentar la melancolía que los recuerdos de cosas ridículas. En este estado me encontré cerca de la puerta del jardín, y un mozo que en ella estaba me dijo: «Caballero salga vd. que se va á cerrar.» A lo menos, le dije, podré estar hasta que lleguen aqui aquellos señores que se ven venir por la estremidad de aquella calle. «Vd. no tiene nada con aquellos; lo que le digo á vd. es que salga de aqui luego.» Y no tuve remedio sino echar fuera del jardín mi Pa-

ternidad Reverenda, admirado de hallar en Madrid y en el Botánico gentes tan groseras como los guardas de las viñas de mi lugar.

Luego que hube salido, me dirigí, tirando sobre la izquierda, por la parte exterior del Botánico abajo, y me llamó la atención ver ocupados los asientos del enrejado por parejas de hombre y muger de trecho en trecho, sirviendo cada trozo que média de columna á columna de confidente á cada uno de aquellos matrimonios accidentales y transitorios. Adanes y Evas del año 58, que recordaban por la parte de afuera del jardín las malas mañas que nos dejó la diversion de nuestros primeros padres de la parte de adentro de otro jardín. Hizome sospechar que fuesen matrimonios de esta clase el ver que las Evas que se hallaban solas, la una me decia: «á Dios, hermoso:» la otra «á Dios, buen mozo:» la otra: «á Dios, salado, ¿no quieres tomar el fresco?» ; Yo buen mozo! ; yo hermoso! ; yo salado! ¿De cuando acá? No; aqui hay maula: aqui hay pecado original: estas Evas quieren que yo salga hecho un Adan, y yo no quiero ser mas que Fr. Gerundio. *Fugite, partes adversæ*, dije con resolucion; Barrabás te acompañe, allá te avengas: y eché á andar hácia el Prado. «¿Dónde están las virtudes? Venia yo diciendo. ¿Será posible que no haya de hallar virtudes?» Sin duda debí decirlo en alta voz; lo cierto es que me respondió un anciano cabizbajo que acertaba á pasar junto á mi hombro izquierdo: «Caba-



llero, las virtudes allí las tiene vd. en el frontispicio del Muséo.» En efecto á la luz de la luna y á mi derecha en la fachada del Muséo de pinturas alcancé á ver unos cuerpos blancos me acerqué á mirar, y eran en efecto varias estátuas que representaban diferentes virtudes, como el *valor español*, la *beneficencia* y otras cuyos rótulos no pude leer. Pero las virtudes que veía eran unas estátuas de piedra, y los vicios que había visto eran seres vivos y animados.

Entre el ruido de los coches, las voces de los vendedores de *horchata y limon helado*, la gritería de los muchachos y mugeres que pregonan el *agua fresca*, y la algaravía de otras mugeres y otros muchachos que gritan *á dos cuartos la medida de ALVELLANAS* (que aquí en la corte llaman los vendedores *avellanas* á lo que llaman *avellanas* hasta en las mas incultas aldeas de mi pais), me dirigí hácia el *salon*. Desde lejos divisaba ya las musclinas, los linós, los anaquerontes y las brillantinas de las elegantes cortesanas que ya otros dias había admirado de cerca, los ricos sombrerillos calados de paja de Italia con que cubren sus *inhuestas* frentes; sus capotas de fular, sus blondas, encajes, volantes y festones; veía cruzar los coches, carretelas, landós y tilburíes; se me representaba el lujo que echó á pique á los romanos por haber despreciado las leyes sumtuarias; iba pensando en la ley *Oppia* que prohibía á las damas romanas gastar vestidos de mas del valor de media onza,

cando se me acercó un bulto negro que me dijo con voz lastimera; «¿me hace vd. la gracia de una caridad, que soy la viuda de un coronel muerto en campaña y no tengo que cenar esta noche?». La hice ver que Fr. Gerundio no tenía entrañas de ministro, y al querer continuar mi paseo, me ví acometido por otra media docena de españoles *felices*, que hicieron resentirse el bolsillo de la ternura del corazon.

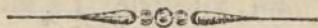
Apresuré el paso, hube de ser atropellado por un coche que venia delante del de S. M., el cual solo se distingue de todos los otros en las seis mulas, y en el cual va dando ejemplo de modestia y sencillez que nadie imita, entré en el salon, encontré al señor ministro de Hacienda hablando con un sombrerillo y dos mantillas de babiné blanco, me acordé de las viudas y de Morella, mientras él quizá no se acordaria mas que de las mantillas y el sombrerillo; di un paseo por París, oí murmurar del ministerio, alabar una puntilla de encaje que acababa de llegar á una modista de la calle de la Montera, recitar un trozo de Victor Hugo, y hablar de esperanzas dadas en la Direccion. Dejé á París y me fui á un puesto de agua fria; pedí un vaso y un panal y me los eché al colete; lo cual significa que yo tenia sed y que todavía me habian quedado tres cuartos en el bolsillo despues de haber socorrido á siete pobres. Desde allí me puse á contemplar el monumento fúnebre que se está levantando á las víctimas del dos mayo de



1898. La contemplacion de aquel mausoléo empezado á erigir me volvió á inspirar pensamientos tan lúgubres como los cipreses que le rodean. Me acordaba del *españolismo* puro y eminentemente heróico de que habian sido víctimas aquellos desgraciados; le comparaba á los miserables partidillos de que son autores ó fomentadores muchos de los que acababa de ver pasear en el Prado, y de que hemos de acabar por ser víctimas todos, y se me escapaba una lágrima. La muger del puesto del agua lo notó y me preguntó..... no puedo decir lo que me preguntó, porque de repente sonó cerca de nosotros una música alegre que al pronto me hizo creer si seria música celestial con que regalarían en el empíreo á las virtuosas víctimas del dos de mayo; entonces discurría yo como un poeta. Mas luego advertí que era música muy humana, muy terrenal y muy ratonera; era la música del *tío Vivo*, que seis pasos mas allá del luctuoso cenotafio entona todas las noches rigodones, galops, fariñetas y cachuchas alternativamente, ya para los juegos de los caballos, ya para el baile de *confianza* que diariamente sostiene para los manolos, soldados y muchachas *ind-pendientes*. El contraste no deja de ser singular. Tambien me acerqué á verlo: es uno de los sitios en donde *la libertad no es una mentira*. La sala de baile es una especie de pajarera de hombres, dentro de la cual revolotean pájaros y pájaras de cuenta en su línea. Mucha concurrencia, mucho movimiento,

mucha animacion. Los juegos y el baile del *tio Vivo* absorbían la atencion por aquella parte. El lujo y las intriguillas ocupaban los ánimos por la parte del Prado; y en el monumento del dos de mayo que está seis pasos en medio de uno y otro, juraba que nadie pensaba mas que Fr. Gerundio.

Traté de epilogar en la imaginacion los bailes y mi lágrima, el sepulcro y el Prado, las carretelas y los puestos de agua, la Reina y las avellanas, el ministro y los aguadores, los sombrerillos de paja y la viuda del coronel, los elegantes y las virtudes de piedra, las Evas de los confidentes y el viejo corcobado, las uvas y los pasquines, la orden de pasaportes y el resultado de Morella, el tesoro de Santiago y los cesantes, el polvo y el aire corrompido, y con la cabeza hecha una grillera, confundidas todas las especies como se confunden todas esas cosas en un mismo sitio aqui en Madrid, regresé á mi celda no sé si mas triste ó mas alegre que habia salido de ella. Cogí la pluma, vacié las ideas, y resultó este artículo; que el que le haya leído hasta aqui bien puede decir que le ha leído todo.





## In diebus illis.

— — —

En aquellos días (de *crisis*) madrugó Dios una mañana, y llegándose á la celda de un fraile que tenia por nombre Fr. Gerundio, le dijo: ¿te acuerdas de lo que te dije el otro día? (1)

A lo cual aquel fraile que habia por nombre Fr. Gerundio le respondió: acuérdomé, señor Dios mio, que me dijísteis que no tardaria en saber vuestra voluntad.

Entonces el señor Dios de Fr. Gerundio le dijo: pues hé aquí que ahora viene tu Dios á manifestarte su voluntad. ¿Conoces á dos varones que hay sobre la tierra que tienen por nombres Alejandro Men y Francisco de Paula Castro y Orozco?—Si padre, conózcoles.—Y qué le parece á mi siervo Fr. Gerundio de esos dos varones?—Si es lícito á la última de vuestras criaturas manifestar su humilde juicio acerca de lo que le preguntais, Señor,

---

(1) Véase la capillada anterior.

le dijo Fr. Gerundio, paréceme que esos dos mortales se han apartado de las rectas sendas que Vos les señalásteis y ellos ofrecieron seguir.

En verdad en verdad te digo, hombre gerundador, que tu juicio ha sido acertado y tu pensamiento está lleno de verdad. Por eso he tocado el corazon de la señora Reina vuestra para que les haga entender que no se obstinen mas en permanecer en los puestos que ocupan, y á esta inspiracion no podrán ellos resistir. Así, pues, decretada está su salida del ministerio, y cumplida verás luego mi intimacion.

Loado y reverenciado sea mi Dios y señor, dijo Fr. Gerundio, y se prosternó ante él. Y levantándose despues dijo: ¿me permite el Señor Dios mio dirigirle una pregunta?—Habla, le contestó Dios.—¿Hasta cuándo, Señor, permitiréis al beato marqués de Someruelos ahogar los empleados suyos en el revuelto y proceloso piélago de la Gobernacion?—Hasta que cogiendo los españoles la Guia de Forasteros de su ministerio, le respondió el Señor, pregunten admirados: ¿cómo es que ninguno de los que estan inscritos en este libro se encuentran ya en las oficinas de la Gobernacion? Y entonces oirán una voz que les dirá: porque el seudo-beato marqués de Someruelos abrió las cataratas del ministerio suyo y estuvo lloviendo decretos de destitucion trescientos dias con trescientas noches, y crecieron las aguas amargas, y sucedió un diluvio universal, y ahogáronse to-



dos en él. Cuando esto suceda, sumergiré yo al pseudo-marqués en el profundo de las aguas amar-gas.—Señor, ¡y hasta entonces!... ¿Será posible que las oraciones de los justos....—Pues bien, dijo el Señor; si intercedé mi siervo Fr. Gerundio, le hundiré antes que se consume el diluvio total.

Empezó á entonar Fr. Gerundio el *Benedictus Deus*, y le interrumpió el Señor para preguntarle: ¿y de qué color quieres, siervo mio Gerundio, que sean los que han de recemplazar á estos varones que he determinado hundir?—Ya lo sabeis, Señor: Fr. Gerundio solo quiere varones de justicia: ministros que sepan encontrar recursos para acabar la guerra civil, y emplearlos bien; sabeis, Dios mio, que el color de ellos nunca le importó á Fr. Gerundio, sino su probidad, decision y justificacion. ¿Serán rectos, puros y decididos los que nos habeis de dar, Señor?—En verdad en verdad te digo, respondió el Señor, que no dejes de la mano la capilla, porque aun tendrás en qué ejercitarla: todavia no he probado bastante la paciencia vuestra.....

En esto volvió Dios á Fr. Gerundio las espaldas en demostracion de dejar su celda, y clamó Fr. Gerundio á él diciendo: Señor, Señor, una cosa tenia que deciros todavia.—Habla, que bien te oigo, le dijo Dios.—Sabed, Dios mio, que un hermano llamado Alejandro Olivan, que tampoco camina por el carril de la justicia; tiene á Fr. Gerundio por conspirador.—El Señor soltó una riso-

tada, y riendo salió de la celda de Fr. Gerundio, y todo el camino del cielo se iban oyendo las risotadas, y unas voces mezcladas con ellas que decían: ~~neccio~~ *neccio* Olivan! ~~neccio~~ *neccio* Olivan! El caerá luego (1).

---

(1) *Nota de hoy.* Ya cayó ayer.